
La Subversión Cristiana del Orden Establecido

Alberto Parra, S. J.*

a San Pedro Claver
esclavo de los esclavos
en las costas del mar caribe

1. DIS-YUNCION O CON-JUN- CION?

El catolicismo latinoamericano después de Puebla sigue mostrando a quien lo analiza una inquietante tendencia hacia lo dis-yuntivo. Antes de Puebla se llegó a una exasperante enfatización dis-yuntiva de algunos elementos de la compleja trama cristiana; después de Puebla cunde el afán por sublimar los elementos de signo contrario; pero en

uno y otro lapso la propensión comprobada no es hacia la con-junción de elementos en apariencia antinómicos sino a la separación dis-yuntiva de los mismos.

Cristo solo, Escritura sola, Fe sola: es un tipo de hermenéutica cristiana desequilibrado por dis-yuntivo. Cristo e Iglesia, Escritura y Tradición, Fe y Obras: es un modelo hermenéutico equilibrado por con-juntivo. Equilibrado al menos

* Doctor en Teología, Universidad de Estrasburgo; Profesor en la Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

en teoría porque no se descarta que el talante católico haya sido en la práctica tan dis-yuntivo como el protestante: sola Iglesia, sola Tradición, solas Obras. Y nadie ignora que la dis-yunción en la interpretación y vida cristianas es una de las más ricas fuentes de heterodoxia y de heteropraxis.

Son muchos los binomios que en el cristianismo no admiten dis-yunción sino abierta con-junción: naturaleza-gracia, hombre-Dios, fe-sacramentos, opus operatum—operantis, Antiguo—Nuevo Testamento, ley—libertad, rito—espíritu, pre-destinación—libre albedrío, sacerdocio—laicado, espiritual—material, reino presente —futuro. La herejía generalmente des-une estos elementos; la ortodoxia los re-une.

La insistencia alterna en los miembros de la dis-yunción Jesús revolucionario o Jesús del orden establecido ha sido un permanente foco de radicalización en América Latina. Enfatizado el primer elemento antes de Puebla, hoy se relieva sobre todo el segundo al mediar la declaratoria papal de que “esta concepción de Cristo como político, revolucionario, como el subversivo de Nazareth, no se compagina con la catequesis de la Iglesia” (1). Los eternos sectores retardatarios se sirven de estas premisas para conclusiones explicablemente tendenciosas acerca de la neutralidad política de Cristo y del cristianismo, para favorecer el pacto acríptico

con los poderes de este mundo y para ensombrecer las exigencias cristianas por una real subversión de ciertos órdenes establecidos.

Los peligros teológicos congénitos en la expresión “Iglesia popular” están puestos de presente en el Documento de Puebla (2). De lo cual infieren algunos que lo que cuenta en definitiva es la jerarquía como Iglesia, no el pueblo, no la masa, no el laicado, no la base, no las comunidades. La hereje ortodoxia quisiera mantener una dis-yunción entre comunidad y ministerios con miras a sustentar un verticalismo ultramontano muy propio del orden establecido pero muy distante, por cierto, del nervio y corazón de Puebla que son la comunión y la participación.

Juan Pablo II y el Documento de Puebla han puesto en guardia contra los “magisterios paralelos” (3). Pero cabe el peligro de que los cristianos, los religiosos, los teólogos sean reducidos a Iglesia del silencio, como si el magisterio de la Iglesia pudiera ser alteridad dis-yuntiva y no precisamente componente con-juntivo con el derecho y el deber de todo cristiano de dar razón de su esperanza, de anunciar, denunciar, enseñar en virtud de la unción que a todos nos es común en el Espíritu Santo. Aquí la dis-yunción viene a ser una verdadera conspiración.

Las “re-lecturas” del Evangelio están expuestas a los riesgos de

(1) *Juan Pablo II, Discurso inaugural de Puebla I, 4.*

(2) *Puebla 263.*

(3) *Juan Pablo II, Discurso inaugural de Puebla II, 2; Puebla 262, 687.*

teorización, inadecuación, reducción e incluso de manipulación (4) por parte de quien lo interpreta desde una situación dada. Pero el Evangelio leído o re-leído no puede ponerse en dis-yuntividad sino en franca con-juntividad con las categorías antropológicas y sociales de que habló Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi* (5), con la peculiar situación de violencia, de injusticia y cautiverio que es propia de América Latina. La historia de la hermenéutica cristiana es historia de las re-lecturas circunstanciales del Evangelio en con-junción íntima con la existencia histórica de intérpretes concretos. El temor excesivo de algunos por las re-lecturas puede conducir a la parálisis en la interpretación cristiana que sea significativa para el hombre latinoamericano.

En este mismo contexto de interpretación, el Documento de Puebla alude a "las desviaciones e interpretaciones con que algunos desvirtuaron el espíritu de Medellín" (6). Hoy pareciera que el celo precautelativo de algunos (incluso los señalados para presidir la comunión y la participación en América Latina) los esté incitando a erigirse en pontífices de la interpretación genuina de Puebla con exclusión de todos los demás. Es este un nuevo capítulo de la dis-yunción que se aviene mal con la comunidad de carismas y ministerios tan propia de la actual teoría y praxis cristianas.

La tendencia disociadora y dis-yuntiva se esfuerza por separar lo que Puebla unió: la comunión-participación y la liberación (7). Ya en los días mismos de la Conferencia los titulares de la gran prensa latinoamericana revelaban los intereses antiliberationistas de los fautores y beneficiarios del actual orden establecido. Otros han llegado a pensar, sin base cierta en la realidad, que comunión-participación en Puebla constituye la contrapartida excluyente y condenatoria de la liberación. Otros se han dado a inaugurar el proceso de racionalización distractora que pregunta si es primero la comunión-participación y luego la liberación, o primero la liberación para llegar a la comunión-participación.

La violencia, especialmente el recurso a las armas, como medio para lograr la liberación cristiana ha sido descartada por el magisterio pontificio y más recientemente por el magisterio episcopal en Puebla (8). De ahí no puede suponerse la recomendación de un irenismo cristiano ante la violencia institucionalizada, ni un desconocimiento de la sicología de la violencia y de la conflictividad testificado en la Escritura de ambos Testamentos, especialmente en el Antiguo. No violencia no es sinónimo de pacifismo, de cobarde irenismo, de fuga despavorida y mucho menos de pacto o de alianza con los múltiples

(4) *Juan Pablo II, Discurso inaugural de Puebla I, 4.*

(5) *Pablo VI, Evangelii Nuntiandi 63.*

(6) *Puebla 1134.*

(7) *Puebla 218, 219.*

(8) *Pablo VI, Discursos en Colombia, AAS 60, 1968, 623, 627; Evangelii Nuntiandi 37. Juan Pablo II, Discurso inaugural de Puebla, I, 4; Puebla 486, 531-534.*

agresores violentos en la ciudad moderna. La no violencia es conjuntiva, no disyuntiva, con la obligación cristiana de abierta oposición y ruptura que propenda por el desbaratamiento de estructuras y de sistemas opresores de la dignidad de la persona humana. La declaración de no violencia no puede constituirse en bálsamo tranquilizador para ninguna conciencia cristiana especialmente en América Latina.

“La instrumentalización de la liturgia para fines ajenos a su naturaleza” (9) es reprochable. Pero nadie tiene derecho a pensar que el constitutivo de la liturgia sea el aroma espiritual o el rito inocuo, sino la celebración histórica de los sacramentos símbolos de una fe histórica, viva y operante. Y la fe cristiana por su misma naturaleza es subversiva de ciertas praxis, ideologías, sistemas, filosofías, estatutos. Es decir, que la fe y los sacramentos de la fe no excluyen sino que incluyen una esencial dimensión política y social que tanto ayer como hoy ha significado para los cristianos crudas persecuciones como a enemigos y subvertidores del orden establecido. Las dimensiones religiosa y social de la liturgia no admiten disyunción sino, precisamente, conjunción.

* * *

(9) Puebla 940.

(10) Puebla 358.

(11) Puebla 193, 998.

(12) Puebla 973.

(13) Puebla 1206.

(14) Puebla 1134, 1140, 1157, 1158.

2. CON-VERSION O SUB-VERSION?

Convertirse es expresión muy recurrente en el común lenguaje cristiano. Su empleo es abundante en los documentos de la Iglesia tanto como en la ordinaria predicación. La general descristianización hace que la conversión sea de tema obligado.

Para el Documento de Puebla, por ejemplo, “la fe es conversión del corazón” (10), “la conversión es un proceso nunca acabado tanto a nivel personal como social” (11); “la misma comunidad cristiana, sus laicos, sus pastores, sus ministros y sus religiosos deben convertirse cada vez más al Evangelio” (12); “a través de una radical conversión a la justicia y al amor, la Iglesia colabora a transformar desde dentro las estructuras de la sociedad pluralista” (13); “afirmamos la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres, con miras a su liberación integral” (14).

El contexto anterior muestra que por conversión no se significa un arrepentimiento de tipo psicológico no necesariamente relacionado con la fe, ni mucho menos un efímero sentimiento. Este género de compunción psicológica y sentimental se expresa comúnmente en la Escri-

tura y en el mundo helénico bajo el término *μεταμελεσθαι*.

La contrición que sea verdadera conversión es cambio radical en la actitud de vida, en la conducta, y se expresa en la Escritura por el término *μετανοεῖν*.

Por desgracia, en el campo filosófico y en los reductos inacabables de la gnosis cristiana *νοῦς*, *νοεῖν* y, por supuesto *μετανοια* han pasado a connotar un simple "cambio de mentalidad" (actitud intelectual y gnoseológica) al margen de la incisiva significación cristiana en la que *νοῦς* denota aquel recóndito ser del hombre que es fuente de sus voliciones, acciones, praxis de vida (15). Una conversión genuinamente cristiana no va sencillamente a la "mentalidad", así como el cristianismo no va a la simple razón teórica. Conversión supone corte radical en el plano de la existencia con toda direccionalidad contraria o marginal al proyecto evangélico de vida.

"Tener un corazón sincero", "obrar el bien y dejar de hacer el mal", "cambiar de vida", "formarse un corazón nuevo" son circunlocuciones que expresan el cambio profundo significado por el verbo hebreo *sābh*, por el latino *vertere*: volver, regresar a Dios. El latín precisa, además, los sentidos del *vertere* mediante preposiciones: *in-vertere*, *con-vertere*, *re-vertere*, *per-*

vertere, *a-vertere*, *sub-vertere* que dan origen a nuestros vocablos *in-vertir*, *con-vertir*, *re-vertir*, *per-vertir*, *ad-vertir* (*a-versión*), *sub-vertir*. Los juegos semánticos para combinar estas significaciones están lejos de ser pura equivocidad o simple tautología.

Porque, por ejemplo, en una descripción con-juntiva de significados San Agustín ha hecho lapidaria la comprensión del pecado como *a-versión* a Dios y *con-versión* a las creaturas, en tanto que el amor es *con-versión* a Dios y *a-versión* a las realidades peyorativamente mundanas (16). *Con-versión* sin *a-versión* a las realidades contrarias es falsa conversión. Análogamente, la *con-versión* a Dios conlleva por necesidad la *in-versión* de muchos valores y actitudes, así como la *sub-versión* de ciertos órdenes establecidos en contraposición con los lineamientos evangélicos. Diríase que toda *con-versión* produce *a-versiones*, *in-versiones* y *sub-versiones*. Más aún: que ciertas *a-versiones*, *in-versiones* y *sub-versiones* no sólomente son indicio sino condición de posibilidad para una real *con-versión*.

No basta, pues, una *con-versión* *dis-yuntiva*. Es preciso efectuar *con-juntivamente* todas las *a-versiones*, *in-versiones* y *sub-versiones* que la *con-versión* exige. Si se tratara de dar ejemplos de las connotaciones intrínsecas de la *con-versión* en

(15) "Es importante notar que el *νοῦς* paulino no se refiere directa ni indirectamente al *ΝΟΥΣ* o razón como lo entendieron los griegos. Más bien habría que decir que este término en San Pablo trata de traducir el contenido del concepto hebreo "רוּחַ" *Múnera* A. Moral, Edic. Theologica Xaveriana, Bogotá 1978, 134.

(16) "Omnia peccata hoc uno generi contineri, cum quisque a-vertitur a divinis vereque manentibus et ad mutabilia atque incerta con-vertitur", De Libero Arbitrio 1,16,35. "Non enim con-vertitur anima ad Deum nisi dum ab hoc saeculo a-vertitur", Enarrat. in Ps. IX, 10.

términos de a-versión in-versión, y sub-versión como plan de vida cristiana contraria al "mundo" (17) habría que citar muy abundantemente toda la Escritura y toda la patrística.

Por ello, la respuesta coherente a la interrogación de este apartado: con-versión o sub-versión?, no puede resolverse en el nivel de la dis-yunción sino en el de la clara con-junción.

Asunto diferente es la connotación práctica, no semántica, con que ha sido revestida la sub-versión por relación a la violencia, a la lucha armada, a la sedición. La práctica histórica de la Iglesia, hoy ya superada, no fue ajena a la violencia y al empleo de la fuerza. Y quien pretenda ver en el Evangelio y en la conducta misma de Jesús un pacifismo a ultranza, una manse-dumbre anodina, o un desenten-derse, tendrá que borrar del Evan-gelio notables secciones, como habría que borrar otras muchas si el propósito fuera demostrar a todo trance que Jesús fue simplemente un revolucionario de su tiempo: el subversivo de Nazareth (18). Entre el Jesús sub-versivo y el Jesús del orden establecido no cabe dis-yun-

ción (19) sino probablemente con-junción.

Pero sí es preciso notar que la sub-versión como violencia o recur-so armado no produce la con-ver-sión. Es este el sentido en el que leemos la sentencia grave del gran Papa Pablo VI a nuestros campesinos colombianos: "No pongáis vuestra esperanza en la violencia ni en la revolución" (20). Porque es la con-versión, no la violencia, la que genera y obliga a la cristiana sub-versión de cuanto sea contrario a la conciencia cristiana.

Las épocas más luminosas del cristianismo han hecho derivar la fuerza incontenible de transforma-ción y de cambio desde la entraña misma de la con-versión que no excluye sino que supone y exige la sub-versión. Pero la práctica de la sub-versión cristiana no recurre a la fuerza, a la revuelta. La sub-versión se origina irresistiblemente en la práctica viva de la fe hasta sus últi-mas consecuencias: "Esta es la victo-ria que vence al mundo: nuestra fe! (1 Jn 5,4).

Afirmar, pues, que el cristianis-mo contemporáneo no pone su esperanza en la violencia por justas

(17) Cfr. Ruiz-Jurado, M., *El Concepto de Mundo en los tres primeros Siglos del Cristianismo*, Roma 1971.

(18) "Los partidarios de las tesis del Jesús revolucionario y los de las tesis del Jesús defensor del orden establecido tienen que eliminar necesariamente del Evangelio una y otra serie de categorías y de relatos. El medio es muy sencillo: pasar en silencio lo que contradice a la tesis que quieren defender", Cullmann, O., *Jesús y los Revolucionarios de su tiempo*, Salamanca 1971, 23.

(19) "Por lo demás, los partidarios de ambas tesis que sólo tienen en cuenta una de las series de textos, cometen un error inicial, lleno de consecuencias, para nuestro problema. Parten a priori de que la postura de Jesús ha de ser forzosamente simple: o fue un revolucionario, o fue un defensor de las instituciones existentes. No se toma en cuenta para nada la posibilidad de que, sin caer en la contradicción, la actitud de Jesús respecto a las instituciones de este mundo tuviera que ser compleja, ya que su fundamento se encuentra fuera de las realidades de este mundo", Cullmann, O., *op. cit.* 24-25.

(20) Pablo VI, *Discurso a los Campesinos*, AAS 60, 1978, 627.

y graves razones no equivale a la conclusión falsa de que, entonces, el cristianismo no es ni quiere ser sub-versivo en ningún sentido y que no pretende provocar las in-versiones y a-versiones de ciertos órdenes establecidos en lo social, en lo cultural, en lo económico, en lo político, en lo religioso. La exclusión de la violencia como medio de sub-versión cristiana no puede llamar a engaño a los monarcas del "establishment" ni debe amedrentar ni paralizar el ánimo cristiano para que no se produzcan, especialmente en nuestra América Latina, aquellas a-versiones, in-versiones y sub-versiones que, repitámoslo, son indicio y condición de posibilidad de una real y verdadera con-versión.

* * *

3. "ESTABLISHMENT" Y CRISTIANISMO AYER

El complejo Imperio romano con sus gobernantes, sus leyes, su filosofía, su práctica de vida, sus instituciones, su cultura romano-helénica, su religión, constituyó en su momento lo que hoy día en Gran Bretaña y en los Estados Unidos de Norteamérica recibe el nombre peyorativo de "establishment": el orden establecido.

Hoy es inocultable la intención ideológica y los posibles intereses de clase de quienes sesgan el sentido de lugares neotestamentarios tales como 1Pe 2,17 1Tim 2,2, Tit 3,1 y, sobretodo, Rom 13,1: "Todos deben someterse a las autoridades establecidas. Porque no hay autoridad que no venga de Dios, y las que hay, fueron puestas

por El. Así que quien se opone a la autoridad va en contra de lo que Dios ha ordenado (. . .) Por lo tanto es preciso someterse a las autoridades no sólo para evitar el castigo sino como un deber de conciencia. También por esta razón ustedes pagan impuestos; porque las autoridades están al servicio de Dios y a eso se dedican".

Con harta superficialidad se deja en la penumbra el sentido apologético anejo a los textos especialmente paulinos frente al peligro fáctico de que la Iglesia naciente llegara a ser identificada con una más de las sectas judías y se viera arrollada en el torbellino de la generalizada revuelta contra Roma, su Imperio y su Emperador. Abandonadas las motivaciones, los trasfondos, los contextos, se hace creer, entonces, que el cristianismo dió un rotundo "sí" al "establishment", que se acomodó acriticamente al sistema, que no in-virtió ni sub-virtió sino que melíflua y angelicalmente se con-virtió y trató de con-vertir. Además, con sopechoso afán de ortodoxia se recalca que la conducta del cristianismo primitivo es normativa para subsecuentes comportamientos cristianos. Se llega así a construir un inconsistente andamiaje "escriturístico" (!) que nivela al cristianismo con el orden establecido y que le hace perder toda su fuerza de transformación y de cambio.

En modo diferente leyeron estos textos los cristianos de ayer, no sólo aquellos que ideológicamente son tildados de "rigoristas" sino también los Padres y exegetas que son tenidos por francamente morigerados. No se trata de obedecer

sin más ni más lo que los poderes humanos ordenen, puesto que hay que obedecer a Dios antes que a los hombres, advierte Hipólito Romano (21). El poder civil ha sido ejercido según criterios ateos y contrarios a los mandatos de Dios, dice Orígenes (22). Por ello los cristianos no podemos ganarnos la benevolencia del estado coonestando con sus procedimientos, a expensas de la fidelidad al Señor y a costas de un espíritu servil y de una docilidad propia de esclavos (23). Cuando se trató de los intereses de Cristo, dijo San Agustín sobre la Iglesia de los mártires, ellos dieron la precedencia a Dios antes al César (24).

Esta es la razón por la que el cristianismo tomó visos de alta peligrosidad aun independientemente de que realizara actos sub-versivos contra el orden establecido. Conocida es la respuesta del Emperador

Traiano a la pregunta de su representante en Bitinia: "si se ha de castigar el nombre a falta de pruebas, o los crímenes independientemente del nombre" (25). La jurisprudencia que se asienta es la de que el solo nombre cristiano es por sí mismo sub-versivo.

A más del nombre, es preciso castigar los "crímenes". De ellos, unos son calumniosamente achacados a los cristianos como el incendio de Roma (26). Otros provienen de la falsa comprensión del cristianismo por parte de los paganos: adoración de un asno, homicidio ritual, reuniones incestuosas, odio al Emperador, ascendencia davídica de Cristo y del cristianismo con el consiguiente mesianismo contrario a la perenne solidez del Imperio (27). Otros "crímenes" se fundamentan más en la realidad de las cosas: los cristianos son califi-

- (21) "El que cree en Dios no puede ser hipócrita. Mas tampoco tiene que temer los mandatos del poder civil, cuando disponga algo vedado. En efecto, si por causa de la fe en su Dios este poder le obliga a algo que contradice su conciencia, le será dulce ir a la muerte y resistirse a aquel mandato. Por eso escribe el Apóstol: "estad sumisos a las potestades superiores". No dice esto para que, negando nuestra fe y desconociendo los mandatos de Dios, ejecutemos sin más ni más lo que los poderes humanos ordenen, sino para que también en atención a la potestad civil nos cuidemos de todo lo malo. . . Por ello cuando los doctores de la ley pretendían impedir a los Apóstoles anunciar la divina palabra, ellos no cesaron y "obedecieron a Dios antes que a los hombres" (Hech 5,29), y por eso llenos de rabia los metían a las cárceles. . . No temas ante los sátrapas. No te inclines ante esos mandatos humanos", *Hipólito*, Comentario a Daniel III, 20.
- (22) *Orígenes*, Comentario a Romanos IX, 26.
- (23) "Nosotros los cristianos estamos obligados a despreciar la benevolencia de los hombres y de los reyes, no sóamente cuando esa benevolencia es fruto de asesinatos, deshonestidades y procedimientos brutales, sino también cuando nos la pudiéramos acarrear por una infidelidad contra el Señor, o por la expresión de cierto espíritu de servilismo, o por una palabrita de docilidad propia de esclavos. Eso no es digno de un hombre valiente y de gran corazón! Para nosotros la fidelidad varonil y firme hacia el dogma constituye una de las más grandes virtudes. Pero mientras podamos conciliar la palabra de Dios con la ley civil, no hemos de ser tan "locos", como dice Celso, que nos empeñemos en atraernos 'la ira de un Emperador para que nos atormente, nos ajusticia y nos mate' " *Orígenes*, Contra Celso, VIII, 63.
- (24) *Agustín*, Enarraciones sobre los Salmos, 55,2.
- (25) *Plinio el Joven*, Cartas, X, 96.
- (26) "Para acallar los rumores sobre el incendio de Roma, Nerón señaló como culpables a unos individuos odiosos por sus abominaciones, a los que el vulgo llama cristianos", *Suetonio*, Vida de los Césares, Nerón, XVI, 3.
- (27) *Josefo*, Contra Apion, 79; Octavian, IX, 6; XXXI, 1-2.

cados de ateos e innovadores (28) por su a-versión a los mitos de las deidades greco-romanas, por su enérgico rechazo al culto del Emperador, por su conducta sub-vertidora del "establishment"; son tildados, además, de mis-ántropos (29) es decir, contrarios a la fil-anthropía identificada para entonces con el sistema social, político y religioso del Imperio. Por todo ello "Nerón afligió con suplicios a los cristianos, raza entregada a una superstición nueva y maléfica" (30).

Más adelante, la diatriba abierta por los Padres apologistas acarreará de nuevo el escándalo y la persecución al sistematizarse el pensamiento cristiano acerca del alma y su inmortalidad, del mon-arquismo único de Dios, de la creación, de la resurrección, de la encarnación, de la pasión de Dios, de la virginidad, de la comunicación de los bienes, de la fundamental igualdad entre los hombres. Es evidente que la "superstición nueva y maléfica" carcomía los basamentos teóricos de las instituciones establecidas.

La práctica cristiana en los marcos comunes y corrientes del Imperio es un hecho atestiguado por el autor de la Epístola a Diogneto, por Tertuliano, por Clemente de Alejandría, en célebres textos citados a porfía en todos los manuales de

historia eclesiástica: "Los cristianos no se distinguen de los demás hombres por la palabra, ni por el lenguaje, ni por el vestido, sino que se acomodan a las costumbres locales en su alimento y modo de vivir (. . .) Se casan como todo el mundo, tienen hijos pero no abandonan a los recién nacidos" (31). "Vivimos como vosotros, tomamos el mismo alimento, llevamos el mismo vestido, el mismo género de vida. No somos brahmanes ni gimnosofistas de la India. Acudimos a vuestro foro, a vuestro mercado, a vuestros baños, a vuestras hosterías, a vuestras ferias. Navegamos con vosotros, servimos como soldados" (32). Los cristianos asimilaron también, evidentemente, los cuadros de pensamiento, las categorías mentales y verbales, la filosofía, ciertas manifestaciones de la cultura, del arte, de la literatura. Pero sí resulta hiperbólica la apreciación de algunos historiadores de que el cristianismo no introdujo un modo de vida diferente sino un simple modo diferente de vivir la vida común greco-romana.

Porque los cristianos rechazan enfáticamente el lujo excesivo propio de una sociedad dominante y consumista (33); la gula y la embriaguez tan de uso en aquella sociedad quedan excluidos (34); el libertinaje propio de los baños pú-

(28) *Suetonio*, Vida de los Césares, Domiciano, X.

(29) *Annales* XV, 44.

(30) *Suetonio*, vida de los Césares, Claudio, XXIX, 1.

(31) *Epístola a Diogneto*, V, 1-6.

(32) *Tertuliano*, *Apologeticum*, XLI, 1-3.

(33) *Clemente de Alejandría*, *Pedagogo*, II, 10, 104.

(34) *Tertuliano*, *Apologeticum*, XLII, 6.

blicos no se compagina con la vida cristiana (35), al igual que los espectáculos idolátricos o inmorales (36) y las crueldades que se practican en los circos (37) donde compiten en brutalidad los espectadores y las fieras; en el rito matrimonial propio del estado, cuando se trata de cristianos es inadmisibile el sacrificio idolátrico a que el Imperio obliga y la lectura supersticiosa del horóspoco (38). El matrimonio cristiano significa un no rotundo a la práctica generalizada del divorcio, de la poligamia (39) y del aborto (40) e incluso de los matrimonios mixtos por los peligros e incompatibilidades para la práctica cristiana de la fe (41). Si se torna indispensable acudir a las escuelas estatales los cristianos deben abstenerse de las prácticas idolátricas impuestas por el Imperio (42). Por lo que concierne a la propiedad, jamás podrá irse más allá de unos límites equitativos (43), de modo que toda forma de ganancia desorbitada, de préstamos con usura, de engaño transaccional, de doble precio, deben ser abolidas (44). La vida profesional de un cristiano debe ser compatible con la práctica de su fe, por lo cual no

puede un cristiano ejercer indiscriminadamente cualquier arte u oficio; su catecumenado y conversión es momento de radicales a-versiones, de in-versiones de conducta, de necesarias sub-versiones del establecimiento: ni al catecumentado ni mucho menos al bautismo cristiano puede ser admitido quien se dedica a negocios relacionados con los placeres sexuales, ni el fabricante o pintor de imágenes o esculturas de ídolos, el actor en representaciones teatrales impías, el gladiador, el luchador, el instructor en el uso de las armas, el soldado a no ser que esté constreñido por las leyes, el magistrado público, el adivino o intérprete de sueños y de horóscopos (45).

“Por lo menos al principio el cristianismo adoptó una posición incomprendible al ambiente pagano, por la manera de vivir en la ciudad terrena: en el cuadro de la familia, de la propiedad, del servicio al estado. Se mostraba reticente a la gestión de los cargos públicos, prefería la virginidad al matrimonio, honraba el celibato considerado como actitud apátrida desde la legislación de Augusto, aconsejaba a

(35) *Clemente de Alejandría, Pedagogo, V, 31, 1.*

(36) *Tertuliano, De Spectaculis, V, 1-IX, 6.*

(37) *Tertuliano, De Spectaculis, XIX, 1-5.*

(38) *Tertuliano, De Uxoribus, II, 4-6.*

(39) *Tertuliano, Apologeticum, VI, 5-6.*

(40) *Clemente de Alejandría, Pedagogo, II, 10, 96.*

(41) *Tertuliano, De Uxoribus, II, 4-6.*

(42) *Tertuliano, De idololatria, X, 1-4.*

(43) *Clemente de Alejandría, Pedagogo, III, 11.*

(44) *Tertuliano, De Idololatria, XI, 1.*

(45) *Hipólito, Tradición Apostólica, 41.*

los ricos la renuncia de sus bienes, condenaba la guerra y apartaba a veces a los suyos del servicio militar. Eran máximas que un romano alimentado en las viejas tradiciones debía encontrar subversivas. Pero luego, la Iglesia modificó en muchos aspectos su posición, se hizo más flexible. En la época de Constantino ya no mantenía aquella actitud que la hubiera podido hacer inadmisibles en la vida común" (46).

"Al fin ha sido devuelta la paz a la tierra. La que hace poco era una Iglesia oprimida contra la misma tierra resurge y por la misericordia divina se reconstruye el templo del Altísimo que los ateos habían arrasado. Porque Dios ha suscitado un gobernante que ha roto los perversos y sangrientos edictos de los Emperadores perversos y se ha compadecido del humano linaje. Ahora sonrío a todos los corazones una tranquilidad complaciente y halagadora" (47). Esa paz significó para el cristianismo la convivencia pacífica, cierta nivelación con el sistema y el ensombrecimiento de su dinámica de revolución (48) y de subversión. De aquí para adelante no faltarán nunca voces como la de Juan Crisóstomo que denuncien con vigor los perniciosos resultados de la simbiosis Iglesia-Estado y la práctica de un cristianismo más o menos encadenado, supeditado al

"establishment", inofensivo y sin seducción por su demasiada nivelación con el orden establecido.

* * *

4. "ESTABLISHMENT" Y CRISTIANISMO HOY EN AMERICA LATINA

Una nueva conflictividad martirial ha puesto fin al profundo y prolongado letargo de la Iglesia latinoamericana. Se ha tratado de hechos demasiado estridentes como para no ser registrados en el mismo Documento de Puebla: "La conciencia de la misión evangelizadora de la Iglesia la ha llevado en estos últimos años (. . .) a soportar en sus miembros la persecución y, a veces, la muerte, en testimonio de su misión profética" (49). "Comprobamos que Episcopados nacionales y numerosos sectores de laicos, religiosos, religiosas y sacerdotes han hecho más hondo y realista su compromiso con los pobres. Este testimonio incipiente pero real, condujo a la Iglesia latinoamericana a la denuncia de las graves injusticias derivadas de mecanismos opresores. La denuncia profética de la Iglesia y sus compromisos concretos con el pobre le han traído en no pocos casos, persecuciones y vejaciones de diversa índole; los mismos pobres

(46) Cárdenas, E., *Historia de la Iglesia Antigua*, pro manuscripto, Bogotá 1978, vol. I, 106.

(47) *Lactancio*, De mortibus persecutorum, 1.

(48) "Para que se realice una revolución se necesitan tres elementos (Rops): 1) una situación revolucionaria, que se verifica cuando se enjuician a fondo los valores y estructuras en que se ha vivido; 2) una doctrina revolucionaria, a saber, una visión antropológico-teológica absolutamente trascendente que abraza a todo el ser humano y sus expresiones; en nuestro caso, un teocentrismo insertado en un antropocentrismo; 3) un personal revolucionario que realmente tuvo el cristianismo: hombres resueltos a hacer triunfar la causa" Cárdenas, E., *Historia de la Iglesia Antigua*, pro manuscripto, Bogotá 1978, vol. I, 48.

(49) Puebla 92.

han sido las primeras víctimas de dichas vejaciones. Todo ello ha producido tensiones y conflictos dentro y fuera de la Iglesia. Con frecuencia se la ha acusado, sea de estar con los poderosos socio-económicos y políticos, sea de una peligrosa desviación ideológica marxista” (50). “Es admirable y alentador comprobar el espíritu de sacrificio y abnegación con que muchos pastores ejercen su ministerio en servicio del Evangelio (. . .) afrontando la soledad, el aislamiento, la incompreensión y, a veces, la persecución y la muerte” (51).

A las denuncias, testimonios y acciones eclesiales hoy en América Latina está correspondiendo la persecución, la represión, la sistemática acusación de sub-versión armada o sedición, de revolución. Está correspondiendo la violencia y la muerte (52).

Martirio? De los donatistas decía San Agustín: “se glorían de padecer persecución por la justicia (. . .) y quisieran ser alabados. Ignoran que a los verdaderos mártires no los hace la pena sino la causa” (53). En el asesinato del arzobispo Romero, de Rutilio Grande, de Luis Espinal,

de Cosme Spezzoto, de los religiosos del Brasil, algunos no quisieran ver sino las causas políticas, no la causa cristiana. Habría que ser conscientes de que la carga política jamás ha estado ausente del martirio cristiano comenzando por el mismo Jesús de Nazareth y siguiendo por los mártires del Imperio Romano, por los testigos de Cristo en el mundo musulmán, por los evangelizadores y misioneros en tierras de infieles. En múltiples ocasiones, como ocurre hoy en América Latina, no se martiriza por odio directo a la fe sino por la sub-versión de los “establishment” que conlleva la predicación y la práctica de la fe, por la desinstalación de los ya instalados, por la implantación de la justicia de orden social que es dimensión integral de la fe, por la instauración de estructuras que den paso a un mundo más humano y más divino.

El “establishment” al que se enfrenta el cristianismo en esta hora de América Latina es el conjunto de las estructuras económicas, políticas, culturales, sociales y aun ciertas eclesiales creadas por el hombre a partir de ideologías contrarias al Evangelio (54), estructu-

(50) Puebla 1136, 1138, 1139.

(51) Puebla 668.

(52) “En Puebla, durante la celebración de la III Asamblea General del Episcopado Latinoamericano, el cardenal Pablo Evaristo Arns afirmó que durante los últimos años, particularmente desde Medellín, en América Latina “más de dos mil sacerdotes y religiosos” han sido asesinados, torturados, expulsados, detenidos o apresados. El número es pequeño comparado con el de cristianos laicos que han padecido semejantes persecuciones. Antes del cardenal Arns, varias Conferencias Episcopales como la de Brasil y Paraguay habían señalado en solemnes documentos, que se encontraban en estado de persecución. Además varias Conferencias Episcopales en sus “aportes” para Puebla señalaron que las Iglesias de sus países respectivos contaban con la gloria de mártires actuales, como Perú, Salvador, Brasil”. Cfr. Protesta, año IX, 1980, no. 82, 48-49.

(53) *San Agustín*, Carta 89.2.

(54) América Latina es descrita por el Documento de Puebla como el campo en el que libran batalla principalmente tres ideologías profundamente anticristianas, injustas y totalitarias: el liberalismo o capitalista, el colectivismo marxista, la seguridad nacional. Cfr. Puebla 47-49; 542-551.

ras en las que está presente el misterio del pecado (55) y que son generadoras de situaciones de pecado (56): "El pecado como fuerza de ruptura obstaculiza permanentemente el crecimiento en el amor y en la comunión, tanto desde el corazón de los hombres, como desde las diversas estructuras por ellos creadas, en las cuales el pecado de sus autotes ha impreso su huella destructora. En este sentido, la situación de miseria, marginación, injusticia y corrupción que hiere a nuestro continente, exige del Pueblo de Dios y de cada cristiano un auténtico heroísmo en su compromiso evangelizador, a fin de superar semejantes obstáculos" (57).

Su experiencia bimilenaria de madre y maestra que hace a la Iglesia "experta en humanidad" (58) garantiza el diagnóstico que establece al afirmar que "la inhumana pobreza en la que viven millones de latinoamericanos, la mortalidad infantil, la falta de vivienda adecuada, los problemas de salud, los salarios de hambre, el desempleo y el subempleo, la desnutrición y la inestabilidad laboral, las migraciones masivas, forzadas y desamparadas, etc., no son productos de una etapa casual, sino de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya también otras causas de la miseria" (59). Por lo cual resulta insustancial atacar la injusticia sin atacar las causas estructurales que la originan, u opo-

nerse a los resultados del establecimiento sin oponerse al establecimiento, o pensar que las sociedades no son totalidades o sistemas en los que las instituciones, las doctrinas, las estructuras políticas y económicas y los efectos de ellas no están en íntima y recíproca conexión, nunca separados o separables como ingenuamente se pudiera creer. De allí que la a-versión cristiana a la injusticia y la con-versión a la justicia tiene que conllevar necesariamente un rechazo cristiano al "establishment" y a sus valores, una in-versión de sus sistemas y una consiguiente sub-versión del actual orden establecido.

Por ello, si se quisiera ejemplificar los rasgos de la conducta cristiana con relación al "establishment" latinoamericano como se hizo anteriormente con relación al Imperio, habría que decir:

El cristiano latinoamericano no puede admitir sino rechazar y subvertir el sistema y las políticas montadas sobre el capitalismo liberal, debido a la idolatría de la riqueza en su forma individual, a la preconización del lucro como esencial motor del progreso, de la concurrencia como ley suprema de la economía, de la propiedad privada como derecho absoluto sin límites ni obligaciones sociales, de los privilegios ilegítimos que producen los contrastes escandalosos y la situación

(55) Puebla 28, 70.

(56) Puebla 328.

(57) Puebla 281.

(58) Pablo VI, Discurso a la ONU, oct. 5 de 1965; Juan Pablo II, discurso inaugural de Puebla III,3.

(59) Puebla 29, 30.

de dependencia y opresión tanto en lo nacional como en lo internacional (60).

Tampoco puede el cristiano remar merced a las corrientes ideológicas y políticas que generan el sistema del colectivismo marxista, debido a la idolatría de la riqueza en su forma colectiva, a su congénita negación de Dios, frente de la verdadera justicia y del amor, por la lucha de clases que es el motor de su dialéctica, por la dictadura del partido que engendra regímenes totalitarios y despóticos cerrados a toda crítica y rectificación (61).

La sub-versión cristiana es un impositivo frente a las políticas propias de la ideología de la seguridad nacional que se ha ido afianzando en los últimos años en nuestro continente. Ella contribuye, en efecto, a fortalecer el carácter totalitario de los regímenes de fuerza, al abuso del poder, a la violación de los derechos humanos, a la negación de la participación ciudadana en las decisiones políticas, pretende justificar la represión que ejerce presentándose como defensora de la civilización cristiana y baluarte contra el comunismo, impone el avasallamiento del pueblo por élites preferentemente militares, erige la seguridad del estado como un absoluto sobre las personas y sus legítimos derechos (62).

(60) Puebla 542.

(61) Puebla 543, 544.

(62) Puebla 49, 314, 547, 549.

(63) Puebla 47-50.

(64) Puebla 34-39.

En el campo económico el cristiano no puede cohonestar con los sistemas derivados de las anteriores ideologías, con el afán de enriquecimiento ilímite, con el consumismo, con el acaparamiento de los bienes de producción por parte de unos pocos, con las modernas tácticas de la tecnocracia, con el imperilismo económico de las trans- y multinacionales (63).

En lo social el cristiano latinoamericano tiene que sub-vertir por todos los medios, excluida la violencia, la inhumana condición de vida de nuestros indígenas que, como los afroamericanos objeto del desvelo apostólico de un San Pedro Claver, pueden ser considerados como los más pobres de entre los pobres. Tiene que rechazar la privación de tierras de nuestros campesinos, su dependencia, su explotación por los sistemas de comercialización. Tiene que oponerse diametralmente a la pésima retribución de los obreros, a la represión que ejercen los poderosos sobre las formas de organización sindical, al hacinamiento urbano y a la marginación, a la prescindencia que se hace de nuestros ancianos bajo el sarcástico pretexto de su improductividad económica (64). En este contexto, y consciente de todas las consecuencias y riesgos, el cristiano latinoamericano tiene la ineludible obligación que le impone su fe de

declararse teórica y prácticamente del lado de los oprimidos, de los que no tienen voz, de los carentes de bienes materiales, de quienes han sido marginados social, política y económicamente (65).

En el candente sector de los derechos humanos el cristiano sabe que son sagrados e inviolables porque ellos no derivan de la veleidad caprichosa de los contratos internacionales ni del voluntarismo de los amos de turno sino de la antropología cristiana que es uno de los pilares más fundamentales y más originales del cristianismo: la concepción del hombre como imagen y semejanza de Dios (66). De allí que en la indivisibilidad de su amor a Dios y a la imagen de Dios, el cristiano tenga que rechazar los abusos de poder, la represión sistemática o selectiva, la violación de la privacidad, las torturas, los exilios, la desaparición ciudadana, las detenciones arbitrarias, el ejercicio abusivo de la justicia (67).

En el ámbito cultural el cristiano latinoamericano no puede enmudecer ante el paulatino avasallamiento de nuestros símbolos, la desaparición de nuestras tradiciones, la minusvaloración de nuestro folclor, la pretendida "cultura universal" que significa la nivelación o la injusta supremacía de símbolos y valores de países económicamente más po-

derosos en detrimento de nuestra propia identidad latinoamericana (68).

La educación cristiana no puede seguir esclavizada al "establishment" ni los planteles educativos cristianos pueden seguir siendo agencias de una educación ideologizada, masificante, deshumanizante y despersonalizante con la que se persigue preparar "buenos ciudadanos" del sistema, "buenos profesionales" dentro del orden establecido, "buenos católicos" para el status quo. La educación evangelizadora en América Latina tiene que asumir todas las implicaciones de una educación liberadora (69), no orientada simplemente al mantenimiento de las estructuras sociales, económicas y políticas imperantes, al sostenimiento de una economía basada en el ansia de tener más, al mercado de profesionales y técnicos que demande la sociedad consumista, al reforzamiento de sistemas y de gobiernos injustos y represivos. "La educación ha de producir los agentes para el cambio permanente y orgánico que requiere la sociedad de América Latina (Medellín 4, II, 8) mediante una formación cívica y política inspirada en la enseñanza social de la Iglesia (Juan Pablo II, Discurso inaugural I,9)" (70). Para ello tiene que "formar nuevos líderes constructores de una nueva so-

(65) Puebla 1134 ss.

(66) Puebla 475, 551-553.

(67) Puebla 42.

(68) Puebla 52, 53, 427.

(69) Puebla 1026, 1027.

(70) Puebla 1033.

ciudad" (71), "formar a los jóvenes de modo gradual para la acción socio-política y el cambio de estructuras" (72), "acompañar la alfabetización de los grupos marginados con acciones educativas que los ayuden a comunicarse eficazmente, a tomar conciencia de sus deberes y derechos, a comprender la situación en que viven y discernir sus causas, a capacitarse para organizarse en lo civil, lo laboral, lo político, y poder así participar plenamente en los procesos decisivos que les atañen" (73).

La vivencia y práctica de nuestra fe no puede verse reducida, como bien lo quisiera el establecimiento, a un diálogo privado de la conciencia con Dios, a un culto ahistórico y desencarnado, a un ritual piadoso, o a la observancia de algunas normas de comportamiento con escasa o ninguna incidencia en la organización práctica de nuestra sociedad. Todo lo contrario: la fe tiene que convertirse en la instancia crítica del orden social, para impedir la absolutización de los sistemas y para dinamizar la búsqueda de políticas y estrategias siempre renovadas con miras a una humanidad siempre mejor.

En idéntico sentido, la celebración de los sacramentos de nuestra fe debe ser instancia de anuncio, de denuncia, de transformación. Por fuerza tendrán que entrar en confrontación y necesario conflicto las ideologías que rigen al sistema y nuestro sacramento del Bautismo

que da la talla y verdadera dimensión del hombre como hijo del Padre, hermano de Cristo, templo del Espíritu, imagen de Dios, heredero del reino, señor del mundo. La autosuficiencia del "establishment" y su recurrente tendencia a erigirse en absoluto y en omnipotente deberá contrastarse con nuestro sacramento de la Confirmación cristiana por el cual el Espíritu Santo penetra hasta el corazón mismo del mundo para la santificación y transformación del hombre y de su historia, más allá de las simples políticas y estrategias humanas. Los idealismos quiméricos del superhombre, del super-yo, del superestado deben encontrar en la praxis cristiana de la Penitencia una constante alerta sobre la presencia del pecado en el mundo, la situación de pecado, la enfermedad del corazón del hombre, la repercusión del pecado en toda empresa humana. El gran sacramento de nuestra Comunión debe manifestar al máximo el destino comunitario de los bienes de producción y de consumo, la fraternidad y el amor por encima de las diferencias y luchas de clase, la fuerza irremplazable de nuestra común unión con Dios como único medio duradero de auténtica comunión y convivencia en la ciudad humana. El sacramento del Matrimonio cristiano debe subvertir las múltiples formas de amor libre, de divorcio, de separación, de aborto, de niñez desamparada, de explotación sexual, de aberrante desigualdad de la mujer: todos ellos vicios comunes del actual orden estable-

(71) Puebla 1054.

(72) Puebla 1196.

(73) Puebla 1045.

cido. La concepción totalitaria de la autoridad, el despotismo estatal y patronal, las ansias de dominación del hombre sobre el hombre, deben ser sub-vertidos con nuestro sacramento del Orden ministerial en el que los cristianos celebramos la concepción genuina de la autoridad como servicio al hermano, a ejemplo de quien siendo Señor y Maestro está entre nosotros como el que sirve hasta dar su vida en rescate por todos.

El cristiano en América Latina está llamado a sub-vertir profundamente ciertos órdenes establecidos en la misma comunidad eclesial. El inveterado verticalismo piramidal que no es identificable ni exigido por la esencial constitución jerárquica de la Iglesia debe ser sub-vertido e in-vertido por la plena participación de todos los cristianos en aquella comunidad de vida, de tareas y de destino para la cual Cristo fundó a su Iglesia (74). El acaparamiento de los carismas y ministerios, la actividad eclesial de unos pocos y la obligada pasividad de la inmensa mayoría cristiana, los autoritarismos y abusos de poder, los excesos de la centralización y las rigideces desmedidas de la disciplina, los recortes injustificados a la justa libertad de opinión y de expresión en la Iglesia, el culto de la personalidad, el veleidoso abandono de sagrados compromisos contraídos con Dios y con la comunidad, el secularismo que contradice la propia profesión cristiana, el alejamiento sistemático de la mujer cristiana de todos los niveles minis-

teriales de la Iglesia que refuerza el machismo dominante, la masificación y el anonimato en comunidades jurídicas carentes de todo calor humano y cristiano: *ἐκκλησία σὺν κοινῶν*

* * *

La con-versión cristiana a la que somos llamados con urgencia en América Latina es con-juntiva, no dis-yuntiva, con las a-versiones, in-versiones y sub-versiones del orden establecido. Lo contrario es propiciar una con-versión sentimental y efímera muy distante de ser con-versión cristiana.

“Para esta acción audaz y creativa, el cristiano fortalecerá su identidad en los valores originales de la antropología cristiana. La Iglesia “no necesita, pues, recurrir a sistemas e ideologías para amar, defender y colaborar en la liberación del hombre: en el centro del mensaje del cual es depositaria y pregonera, ella encuentra inspiración para actuar en favor de la fraternidad, de la justicia, de la paz, contra todas las dominaciones, esclavitudes, discriminaciones, atentados a la libertad religiosa, opresiones contra el hombre y cuanto atenta contra su vida” (Juan Pablo II, Discurso inaugural III, 2; AAS LXXI, p. 199)” (75).

Pero como los mártires cristianos del Imperio y de todos los tiempos, la Iglesia latinoamericana tendrá que pagar precio muy alto y doloro-

(74) *Lumen Gentium* 9; Puebla 270-273.

(75) Puebla 552.

so si se atreve a una con-versión verdadera. La Iglesia deberá "estar dispuesta a asumir con valor y ale-

gría las consecuencias de su misión, que el mundo nunca aceptará sin resistencia" (76).

(76) Puebla 161.